

Hagan juntos los versos míos su camino para distracción o aburrimiento de lectores, y anden juntos mis recuerdos por mi alma para su alegría o su tristeza.

Satisfacciones o coqueterías de la vejez, bien pueden perdonársele a quien otras no puede tener ya.

DIÁLOGO



DIALOGO

Oye, mujer. Hablemos un instante.
¿De qué? De lo que soy y de lo que eres;
de ti y de mí; de tu virtud pasada,
de mi hastío presente:

La duda y la deshonra son dos gritos
que saben confundirse y entenderse.
Habla primero tú. Pero, antes, deja
que con mi brazo el cuello te rodee.

Levanta un poco. Así. Sobre mis hombros
tus cabellos rebeldes,
tus ojos en los míos y mis dedos
jugando con los rizos de tu frente.

Ya está el placer en su lugar descanso.
Golpea tu memoria, haz que despierte,
y di cómo caíste desde el cielo
de tus virginidades inocentes
a este lugar, donde eres un hermoso
montón vivo de carne que se vende.

¿Te da vergüenza?, ¿que hable yo primero?
El cuento no es muy largo:
Amé, creí, soñé, tuve ilusiones,
abrí mi corazón a los extraños,

y amigos y mujeres desleales,
hiriéndome a traición, me lo quitaron.
Me lo quitaron, sí, ya no lo tengo,
y ahora estoy como quien es robado

en un camino, y al quedarse solo
y seguir avanzando,

crea ver un ladrón en cada sombra
y en cada bulto que le sale al paso.

Que la miseria te arrojó a la calle;
que sientes tu baldón; que no eres mala;
que te inspira vergüenza tu infortunio;
que vendes el placer con repugnancia.

¿Lloras?... ¡Pobre mujer! Deja a mis labios
besar tus ojos y secar tus lágrimas.
Aquí, sobre mi pecho, Nada temas.
En mi abrazo no hay carne, sólo hay alma.

¿Qué dices? ¿Que conmigo vivirías,
siendo mi amor, mi esclava?
¿que me serías fiel? ¿que al lado tuyo
tal vez pudiera sembrar la calma?

¿que no has nacido para ser infame?
¿que me admiras; que me amas?
¿que te saque del fango donde vives?
¿que aun podías ser buena?... ¡Calla! ¡Calla!

No delires, mujer. Vuelve a mis brazos;
pongamos al placer sobre las armas.

Ni yo puedo volver a ser creyente,
ni tú puedes volver a ser honrada.
Gocemos. El destino no se muda.
Volvamos, tú, a tu oficio, yo, a mis ansias.

Sellemos con un beso mercenario
la duda y la deshonra que nos manchan,
y cada uno a remar a su galera,
que el mar es duro y la sentencia larga.

BARCAROLA

BARCAROLA

Las verdes olas hacia la playa
llegan cubiertas de blanca espuma,
y en el espejo del mar latino
su faz de mármol mira la luna,
la luna blanca
que besa al mar con besos
de enamorada.

El mar, espejo del cielo se hizo
y las estrellas por él resbalan.

Ya no parece que el cielo ocupan;
vivir parecen entre las aguas.

También parecen, cuando retiemblan
entre las aguas del mar, los astros,
astros culpables que de los cielos
sufren destierro por sus pecados;

y que caídos sobre las olas,
haciendo de ellas nupcial almohada,
sin acordarse de su destierro,
siguen pecando sobre las aguas.

Las barcas vienen.
¡Qué silenciosas
vienen las barcas
entre las olas!...

En una barca canta un remero
su barcarola:

«¡No te rindas!... ¡Hunde el remo!
¡Hunde el remo, que me espera,
con un beso entre los labios,
la marinera mía, mi marinera!
¡Hunde el remo, compañero,
que amor me espera!»

Mientras él canta,
la blanca luna,
la luna blanca
tiembla en las olas
de azul y plata,
olas gimientes
que abandonadas,
mueren dando suspiros
sobre la playa.

Es una hermosa noche de primavera.
La preside en el cielo la luna blanca.
Las olas al romperse cantan amores;
amor canta la brisa sobre la playa.

Hasta los remos
golpeando las olas
de amor traen ecos.

Es noche de venturas y de placeres.
Amor canta la brisa sobre la playa;
amor cantan las olas con sus espumas,
de amor tiembla la luna contra las aguas.

¡Hermosa noche
para surcar los mares
soñando amores!...
Soñando amores
los marineros
cantan su barcarola,
mientras el agua parten los remos:

«¡No te rindas!... ¡Hunde el remo!
¡Hunde el remo, que me espera,
con un beso entre los labios,
la marinera mía, mi marinera!
Hunde el remo, compañero,
que amor me espera!»

Las nubes desde el fondo del horizonte
van ganando la curva limpia del cielo;
bajo ella se deslizan, bajo ella avanzan,
y los limpios azules se tornan negros.

La blanca luna
tras de las nubes
su faz oculta.
Crespones son de luto
olas y cielo.

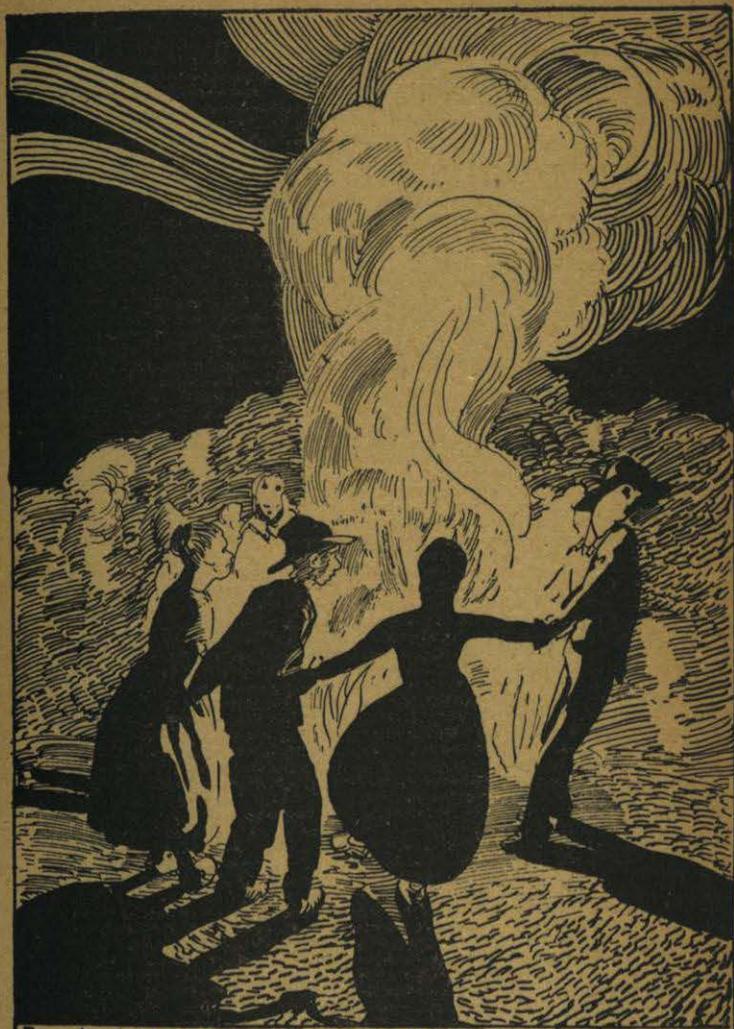
Crespones funerarios
que agita el viento.

Ya los luceros no parpadean
sobre las olas color de nácar;
ya las estrellas caídas del cielo
no se acarician entre las aguas.

El rayo cruza de nube a nube,
y de ola a ola la espuma salta;
el viento rugé contra las rocas,
el mar se encrespa contra la playa.

Y aun allá lejos,
entre las sombras,
el marinero canta
su barcarola:

«¡No te rindas!... ¡Hunde el remo!
¡Hunde el remo, que me espera,
con un beso entre los labios,
la marinera mía, mi marinera!
¡Hunde el remo, compañero,
que amor me espera!»



LA NOCHE DE SAN-JUAN

NOCHE DE SAN JUAN

Suben por las cañadas
a la cumbre del monte,
con andadura lenta,
pastoras y pastores.

Violetea en las rocas
la luz crepuscular;
la noche se avecina,
la noche de San Juan.

Para encender la hoguera,
al advenir la noche,
trepan por las cañadas
pastoras y pastores.

Cantando suben todos
un rústico cantar,
que con las ondas suaves
del aire viene y va.

Subiendo con el aire
a la cumbre del monte,
dice el cantar, que cantan
pastoras y pastores:

«Para que arda la hoguera
llené de ramas
el picacho más alto
de la montaña.
A la luz de la hoguera
me quiero mirar
en los ojos serranos
que vida me dan.
¡Qué hermosa es la noche,
noche de San Juan!»

Así cantando suben
a la cumbre del monte
por las cañadas agrias
pastoras y pastores.

Sus cuerpos difumina
la luz crepuscular,
su canto con las ondas
del aire viene y va.
¡Qué hermosa es la noche,
noche de San Juan!

El último rayo
de sol enrojece
la cumbre del monte.
De sangre parece
el alto picacho que se diamantiza
al adiós postrero del sol que agoniza.

Pronto el rayo se huye
del alto picacho, y con sus fulgores
la tarde concluye.
Es ya todo sombras en la serranía
cuando por los filos de la crestería
al alto picacho llegan los pastores.

Al picacho van;
 en el que la vistan de llamas espera
 la hoguera,
 la hoguera de San Juan.

«Echa al montón más ramas
pa que ésta sea
 la *candelá* más grande
 de *tóa* la sierra,
pa que ella sola
 alumbre cuatro leguas
 a la *reonda*.»

Así hablan las pastoras
 a los pastores;
 cortando los ramajes
 ellos responden:

«Echa al montón más ramas
pa que ésta sea
 la *candelá* más grande
 de *tóa* la sierra;
pa que cuando arda
puea yo en la luz suya
 mirar tu cara.»

Se acercan unos a otros,
 pastoras y pastores,¹
 llevando en las pupilas
 la voz de sus amores.
 Y dice aquel lenguaje,
 que brota hecho fulgores
 por entre el pestañaje:

«En ti pongo mi afán;
 contigo pasar quiero
 la noche de San Juan.
 Placer de mis placeres,
 por ti de amores muero,
 a ti mi amor desea,
 mis dichas en ti están.
 Júrame que me quieres
 lo mismo que te quiero;
 si no, ¡maldita sea
 la noche de San Juan!»

Ya es noche plena;
 noche serena.
 De terciopelo
 se viste el cielo.

En él prendidas
 como brillantes,
 estremecidas,
 parpadeantes,
 dan las estrellas
 vivos cambiantes.

Crúzanse entre ellas
 besos de lumbre.
 A la alta cumbre
 llega el sonido
 de una campana;
 vibra lejana;
 las nueve son.

Junto al enorme, seco montón
 de hojas, de leños y de retama
 chocan la piedra y el eslabón.
 Salta una chispa, surge una llama.

Es la primera.
 De rama en rama
 sus fuegos van;
 y entre crujidos arde la hoguera,
 la hoguera de San Juan.

Amorosas se enroscan
 las llamas encendidas;
 son del color del oro
 al beso de la luz.

A su lumbre blanquean
 las hojas consumidas;
 para morir se envuelven
 en un sudario azul.

Parece que se quejan
 los troncos encendidos;
 parece que suspiran
 la muerte de un querer;

parece que sollozan;
 parecen sus quejidos
 el ¡ay! de aquel que nunca
 podrá a su amante ver.

En toda la montaña
 rojean luminares;
 de un monte al otro monte
 besos de luz se dan,

y del un monte al otro
van y vienen cantares
que celebran la noche,
la noche de San Juan.

Pastores y pastoras
en torno de la hoguera,
cogidos de la mano,
vueltas y vueltas dan.

Los cantos se suceden,
la ronda se acelera,
que es noche de alegrías
la noche de San Juan.

Sale un mozo del corro;
emprende la carrera,
y sus piernas un salto
sobre las llamas dan.

Palmotean las mozas,
y un mozo tras el otro
van saltando la hoguera,
la hoguera de San Juan.

Así pasan las horas;
de esta en aquella mano
las botas del buen vino
la vuelta al corro dan.

Acrecen los cantares
y es vértigo la ronda.
A vino y amor huele
la noche de San Juan.

«Serrana, dame vino
y viva la alegría;
pareces una reina
de flores *corond.*»

«Serranó, dame vino,
que hasta que nazca el día
quiero pasar cantando
la noche de San Juan.»

¡Ahí val
¡Ahí val
¡Vaya por la noche,
noche de San Juan!

En alto suspendida
la bota enflaquecida,
repiten los pastores
con voz enronquecida
el montañés cantar,
el canto de su tierra,
el canto que la sierra
les enseñó a entonar:

«Coronaíta de cintas,
coronaíta de flores,
va la noche de San Juan
la reina de mis amores.»

Los cantos concluyeron;
la rueda terminó;
vacías son las botas,
la lumbre se extinguió.
Todo acabó.

De la hoguera
flameante y altanera,
sólo un rescoldo quedó,
que poco a poco agoniza:
es ancho pan de topacio
que va despacio, despacio,
convirtiéndose en ceniza.

Por la cañada triste y sombría
en grupos tiernos y gozadores,
abandonando la crestería,
van las pastoras y los pastores.
Allá, en el cielo, tenues fulgores.
Son balbuceos del nuevo día.

Una pareja de enamorados
entre las rocas desaparece...
Ocultos quedan los rezagados
tras los remates acantilados
del alto pico que se esclarece.

El primer rayo del sol da en él;
el alto pico se hace joyel,
y allá, en el fondo de una garganta,
con tonos dulces un pastor canta:

«Mañanita de San Juan,
mañanita venturosa,
¡para los que bien se quieren
qué mañana tan hermosa!»

CONTRASTE

CONTRASTE

Marchaba con su hijo en brazos,
llegó de nosotros cerca,
y tú esquivaste el saludo
y volviste la cabeza.

—¿No la saludas?, te dije.
—¿Quién?, ¿yo? ¿Yo saludar a ésa?...
¡Saludarla, y lleva un hijo
en sus brazos y es soltera!

—¡Tanto gusto en saludarla!
—¡Tanta dicha en conocerla!
—Cuénteme entre sus amigas
más cordiales y sinceras.

—¿A ésta saludas afable,
tú, que despreciaste a aquélla?
—Es claro. Entre la una y la otra
existe gran diferencia.
Ésta engaña a su marido,
pero está casada en regla.

¿PARA QUÉ?